



¿Cuántos muertos nos cuesta cada gol de la selección de Colombia?

RENÁN VEGA CANTOR :: 09/07/2014

Fútbol, patrioterismo barato y violencia

La Selección Colombia acaba de concluir su participación en el Mundial de Fútbol de Brasil, luego de ser eliminada por el país sede. A raíz de los triunfos obtenidos, que le permitieron llegar hasta cuartos de final, se ha exaltado hasta el cansancio la labor de los “héroes” que conformaron ese equipo y se ha destilado, como hacía tiempo no se veía en el país, un patrioterismo primario y elemental. Los medios de desinformación se han encargado de recalcar el carácter “histórico” de los logros alcanzados y no cesan de repetirnos sobre la grandeza de nuestro fútbol y de los colombianos en general. ¿Es verdad tanta belleza? ¿Qué se oculta tras el chovinismo que se ha desatado en las últimas semanas? ¿Quiénes se benefician de esa xenofobia exacerbada? ¿Por qué el fútbol genera nuevos niveles de violencia e intolerancia, que amplifican la violencia estructural que nos carcome como sociedad?

Estos son algunas de las preguntas que intentamos responder en este ensayo, partiendo del presupuesto que el conocimiento social crítico, debe ir más allá de las apariencias e internarse en las profundidades de los problemas, e indagar por lo que normalmente no se ve o no se quiere ver, en medio de la parafernalia mediática que se mueve alrededor del fútbol. Para analizar el tema, hemos dividido este escrito en dos partes: en una primera se bosquejan las características del patrioterismo barato y lo que este encubre; y en una segunda se devela la violencia que está ligada a la “felicidad futbolística” a la colombiana.

Quien escribe este texto fue durante gran parte de su infancia y juventud un jugador de fútbol, deporte del que además conoce sus aspectos fundamentales, que no requieren de mucha ciencia. Esta advertencia es indispensable para responder por anticipado a todos aquellos que cuando conocen una crítica al fútbol consideran que es propia de los “intelectuales aburridos” -como Jorge Luis Borges- que odian a ese deporte porque no tienen idea del mismo o porque son elitistas y desprecian a los sectores populares. Ese no es precisamente mi caso, puesto que crecí en medio del fútbol, aunque no soy un cultor de ese juego y soy de origen popular. Tampoco puede pensarse que soy antinacional al referirme a aspectos que chocan contra el consenso ideológico y mediático establecido, porque no concibo como única y máxima expresión de nacionalismo el fervor irracional por los colores de una selección. Ese fervor es propio del patrioterismo barato que es una cosa completamente distinta.

Patrioterismo barato

Existen diferencias sustanciales entre un sano nacionalismo y el patrioterismo barato, una xenofobia que reduce la existencia de una nación a símbolos elementales: una bandera, un escudo, un himno, unos colores determinados, por los cuales se está dispuesto a matar. Este tipo de nacionalismo esencialista es el que aflora con fuerza durante las competencias

deportivas -y de manera destacada, por encima de cualquier otro deporte, en el fútbol masculino de los campeonatos mundiales-, certámenes cada vez más parecidos a las guerras. Como los campeonatos se conciben cual si fueran guerras, en las que debe haber necesariamente perdedores y ganadores, a los futbolistas y a los directores técnicos se les ensalza como los “héroes” del mundo contemporáneo, como si al ganar un partido o anotar un gol estuvieran haciendo unos aportes imperecederos a su respectiva nación o a la humanidad en su conjunto. No se tiene en cuenta, por supuesto, que estos pretendidos “héroes nacionales”, tal y como lo sostuvo Eric Hobsbawm, “estos millonarios del deporte solo aparecen en un contexto nacional unos pocos días al año. En su principal ocupación son mercenarios transnacionales, con un sueldo altísimo, contratados casi todos fuera de su país de origen”i.

En esas condiciones, se piensa que alguien es patriota porque exhibe la camiseta de una selección, sin que esa actitud guarde ninguna relación con la defensa del territorio nacional ante las agresiones de las potencias imperialistas, la usurpación de riquezas naturales por parte de empresas multinacionales o la apropiación y privatización del patrimonio público y común de un país por intereses extranjeros. Esto último es propio del nacionalismo de avanzada y no tiene nada que ver con el patriotismo barato, que se sustenta en algunos rasgos centrales: victimismo, conciencia del pueblo elegido, búsqueda del chivo expiatorio. Victimismo porque permanentemente se sufre al participar o por no participar en un Mundial de Fútbol (“Los colombianos llevábamos 16 años sin asistir a un Mundial”, “nuestro fútbol merece triunfar”); pueblo elegido porque una patria x está por encima de las demás y está llamada a ser grande y vencedora ya que tiene una vocación signada por el destino que le confiere esa grandeza (“El año entrante se juega la Copa América en Chile, y no solo podemos, sino que vamos a ser campeones!, como ya lo fuimos en el 2001”, dijo Juan Manuel Santos el 5 de julio de este año); chivo expiatorio, porque cuando se pierde se culpa a alguien -y en eso los periodistas deportivos son maestros del engaño y la simulación, como en el caso reciente de la eliminación de Colombia (fue culpa del árbitro, que nos robó el partido, de lo contrario hubiéramos llegado a ser campeones mundiales)...

El patriotismo barato como nacionalismo esencialista que se basa en lo que puede denominarse la “retórica del resentimiento”, la cual se expresa tanto en el triunfo como en la derrota, porque si se gana se debe a nuestra superioridad y si se pierde es porque algo nos hicieron -alguien conspiró en nuestra contra para robarnos el triunfo.

En pocas palabras, el patriotismo barato se basa en intransigencia, intolerancia, insolidaridad, irracionalidad y violencia.

Para darse cuenta que el patriotismo es un nacionalismo banal y superficial mencionemos algunos hechos de la realidad colombiana que discurrieron en el trasfondo del Mundial. Un primer hecho es el de la propaganda seudonacionalista, en que se llevan las palmas las empresas privadas, cuyo capital es, en la mayor parte de los casos, multinacional. Uno de los principales patrocinadores de la selección Colombia es la empresa canadiense Pacific Rubiales, una firma petrolera que se ha hecho tristemente célebre en los Llanos Orientales por la explotación de los trabajadores, la destrucción de los ecosistemas, la contaminación de aguas, y la opresión de indígenas y comunidades locales. Si algo caracteriza a esta empresa es su carácter antinacional y depredador de trabajadores y territorios, pero,

aprovechando el fervor deportivo y valiéndose del patriotismo barato, se ha convertido en patrocinadora de la Selección Colombiana de Fútbol. En su demagógica publicidad se ha valido del cantante Carlos Vives para desplegar una descarada propaganda como supuesta defensora de nuestra nacionalidad. En una de sus cuñas comerciales afirma que Pacific Rubiales es una “empresa de petróleo y gas incondicional con Colombia”.

Aparte del favor que le ha hecho Carlos Vives para lavarle la cara criminal a Pacific Rubiales, a cambio de lo que ha recibido un cuantioso botín, el patrocinio de empresa mancha de sangre la camiseta de la Selección Colombia y la Federación Colombiana de Fútbol al aceptar ese patrocinio se ha convertido en apologista del crimen y cómplice de los múltiples delitos de la multinacional canadiense. En contravía, existe una mejor representación del “patriotismo” de la Pacific Rubiales, tal como lo ilustra la gráfica adjunta, elaborada por “hinchas críticos y libertarios”:

Un despliegue publicitario similar es el de Cervezas Águila, cuyo sello aparece estampado en los millones de camisetas de la selección que han sido vendidas y los aficionados portan con orgullo. El sello corporativo se identifica en forma tramposa con un país, lo que en nuestro caso quiere decir que beber Cerveza Águila sería una expresión de la colombianidad, como se manifiesta en el logo que aparece en la camiseta de la selección. Lo significativo estriba en que Cerveza Águila forma parte de una multinacional de capital anglo-sudafricano a la que sólo le interesa que la gente consuma cerveza a gran escala, como reza su publicidad: “Celebra con Águila”, “Águila refresca nuestra pasión”, “Donde hay goles está Águila”. En últimas, la selección es vista como un instrumento comercial que llega a todo el país y que lleva la propaganda de la cerveza como signo distintivo.

Para recalcar la magnitud del negocio de Bavaria (la dueña de Cervezas Águila) con el fútbol, en el 2012 una noticia de prensa señalaba: “Sumando tres días que incluyen los dos días previos y el día del partido, Bavaria vende 140.000 cajas de Águila en todo el país, equivalentes a 4’400.000 botellas de 330 cm³, generando un aproximado de \$5.720 millones por encuentro. En la Costa Atlántica, y para ese mismo periodo de tiempo, la cervecería vende 45.000 cajas de Águila, equivalentes a 1’345.000 botellas, logrando conseguir \$1.748 millones en este sector del país”ⁱⁱⁱ. ¡Eso si es patriotismo de verdad! O para decirlo con un verso del poeta español José Bergamín: “Detrás de un patriota hay siempre un comerciante”.

En el mismo sentido propagandístico, aunque con un sentido claramente político vale destacar la publicidad que se despliega durante las transmisiones radiales de los partidos de fútbol durante el Mundial, en donde se repite cada tres minutos esta invocación: “Guerrillero, Colombia le está guardando el puesto para que viva la fiesta más grande del fútbol en libertad. Desmovilícese”. Con esta publicidad puede notarse como se mezcla el patriotismo de las empresas comerciales con el del Estado y el Ministerio de Defensa (sic), el cual invita a abandonar una causa política para unirse, como gran expresión de libertad, a la farra y al consumo de alcohol. ¡Brillante alternativa la que se les ofrece a los miembros de la insurgencia, que ya no corran el riesgo de morir por los bombardeos indiscriminados de las Fuerzas Armadas en los campos, sino que vengan a las ciudades a morir durante las celebraciones de los partidos de la Selección Colombia!

Un segundo hecho que mencionamos para demostrar que el patriotismo es un falso nacionalismo se presentó el martes primero de julio, cuando fueron extraditados a los Estados Unidos siete taxistas acusados de haber matado a un agente de la DEA en Bogotá el 20 de junio del 2013. De esta manera, se cumplió lo que habíamos vaticinado en un artículo que escribimos especialmente para Rebelión en una ocasión anterior (“Rambo de turismo por su patio trasero”), en que decíamos que solo era cuestión de tiempo para que se adoptara tan antinacional determinación, cuya finalidad es entregar en bandeja de plata a la “justicia” de los Estados Unidos a estos siete colombianos, en donde cada uno puede ser condenado a 70 años de prisión. En pleno mundial y furibunda celebración patriota este nefasto hecho escasamente se mencionó, a pesar de que demuestra el nivel de entreguismo del Estado colombiano respecto al imperialismo estadounidense. Ese Estado lacayo ni siquiera es capaz de juzgar a colombianos que han cometido delitos comunes y se los entrega a los Estados Unidos para que, con toda la impunidad del caso, los haga pudrir en la cárcel. ¿Si el delito se cometió en nuestro país, por qué no se les juzga y se les condena acá? Téngase en cuenta que la orden de extradición fue firmada por Juan Manuel Santos, el mismo que enarbó durante todo el Mundial una camiseta de la Selección Colombia. Ese mismo personaje, el presidente de la República, “ni siquiera tuvo la delicadeza de exigirle al Gobierno de Estados Unidos que permitiera la visita de sus familiares como lo había requerido por el presidente de la sala penal de la Corte Suprema de Justicia al avalar la extradición ”v. ¡Otro gran ejemplo del patriotismo barato!

Hemos dado estos ejemplos a manera de ilustración sobre las “amnesias” antinacionales del patriotismo que, finalmente, es una concepción profundamente retrograda y dispuesta a todo, incluso a matar, cuando se trata de enarbolar una camiseta de fútbol durante un partido de la selección, pero que es proclive a apoyar los proyectos más antinacionales, como los que encarnan la Pacific Rubiales y Cervezas Bavaria, para no hablar de su analfabetismo político con respecto a las formas de dominación imperialistas. Porque, justamente, esta es una de las diferencias más evidentes entre el patriotismo y un nacionalismo de avanzada, cuyo ideario y acciones están referidos a problemas fundamentales de opresión y dominación (no sabemos en qué radica lo trascendental de ganar un mundial de fútbol). Ojalá que los millones de colombianos que se conmueven, lloran y ríen durante un trivial partido de fútbol tuvieran conciencia sobre los crímenes de la Pacific Rubiales, o supieran que Colombia es el principal portaviones terrestre de los Estados Unidos, o que gran parte del territorio nacional ha sido cedido a multinacionales mineras y petroleras que están hurgando para llevarse nuestras riquezas nacionales. Ese es el tipo de nacionalismo que necesitamos y no tanto el patriotismo barato que hoy se ha impuesto.

Muertos de "felicidad futbolística"

En el relato épico que se cuenta sobre la reciente historia del fútbol colombiano se dice que el momento de ruptura se presentó el 5 de septiembre de 1993 cuando en la eliminatoria para el Mundial de Fútbol de los Estados Unidos la Selección Colombia derrotó 5 a 0 a la Selección Argentina. Lo que no se dice es que ese mismo día se inició una funesta tradición que acompaña las celebraciones de los triunfos futbolísticos en este país, principalmente en la ciudad de Bogotá. De esa tradición no se habla, por su carácter sangriento y mortal, y para no empañar el recuerdo de ese espectacular partido.

La tradición consiste en matarse durante las celebraciones colectivas, recurriendo a todos los instrumentos que estén al alcance de los furibundos hinchas (pistolas, revólveres, automóviles, motocicletas...). Durante la celebración por esa victoria, en las calles de Bogotá murieron 100 personas. Para decirlo en forma lapidaria: cada gol convertido en el Estadio Monumental de Buenos Aires por el equipo colombiano costó 20 muertos, la mayor parte de ellos jóvenes y adolescentes, en medio de la fiebre patrioterica que se desató tras esa victoria pírrica, no por el resultado del partido contra Argentina, sino por la muerte que la acompañó.

Lo paradójico de este acontecimiento deportivo radicó en que tanto los periodistas como los políticos lo concibieron como un momento de transición de la violencia a la paz. Al respecto el 6 de septiembre de 1993 El Tiempo editorializó sobre el triunfo en Argentina de la siguiente forma:

“ Colombia renace de la violencia con un balón en la mano. Puede parecer frívolo que [...] una victoria apabullante [...] lleve al país a una etapa de optimismo. No se trata de pensar que el deporte sea la actividad más importante de un país, pero lo que ocurrió en la nación del sur es la muestra de una nacionalidad, un conglomerado, una entidad que no se deja superar ni aplastar por la bala, el chantaje, el secuestro... ¡Viva Colombia! Esta es la patria que ha sabido superar etapas de violencia inusitada, de frialdad infinita, de dolor que a veces creemos no poder soportar” vi .

Se creía que con triunfar en un partido de fútbol se iban a borrar de un plumazo 40 años de violencia, como lo dijo el entonces Presidente de la República, César Gaviria Trujillo cuando en el Estadio El Campin de Bogotá recibió a los miembros de la Selección y los comparó con los libertadores que habían rotó con la tiranía española a comienzos del siglo XIX, porque la selección había liberado al país de los “violentos”: “Hoy más que nunca estoy convencido que tenemos las bases suficientes para mirar con orgullo nuestro presente y nuestro porvenir. Y lo digo con la seguridad que me embarga: ya no hay vuelta de hoja, no hay paso atrás, no hay camino de reversa. Atrás quedan los pesimistas. Atrás quedan los violentos. Atrás quedan los perseverantes pregoneros del desastre. La magia del fútbol surgió de manera asombrosa y reina sobre Colombia” vii .

Cuando se pronunciaban estas palabras, con las que exaltaban la supuesta paz que se derivaba de ese triunfo futbolístico, ya habían muerto o estaban agonizando cerca de 100 colombianos, y otras 1000 estaban heridos. La paradoja residía en que a la par que se exaltaba una victoria deportiva como un ejemplo de paz, de apertura hacia un nuevo país, libre de las secuelas de la violencia, ese “nuevo mito fundador” de concordia nacía lleno de sangre y violencia. Lo que se dibujaba como una muestra de orgullo nacional se convirtió en una vergüenza, de la que hoy nadie se quiere acordar, como si esos muertos no importaran.

Esa vergüenza futbolística se acrecentó al año siguiente, cuando tras un sonoro fracaso en el Mundial de los Estados Unidos fue asesinado el futbolista Andrés Escobar, por sicarios al servicio de narcos y apostadores antioqueños. A este joven futbolista se le mató por el terrible “delito” de cometer un autogol en un partido contra los Estados Unidos. Los mafiosos y apostadores nunca le perdonaron este hecho y lo acribillaron cerca a Medellín el 2 de julio de 1994, hace exactamente veinte años. Como lo dice una crónica sobre este

suceso: “Pasaron ya 20 años desde su asesinato y esta Colombia violentada y herida sigue poniendo muertos por cuenta del fútbol. No parece haberse sacudido jamás de esa cultura de la bala fácil, del crimen impune, de la muerte en la esquina”viii.

A la selección le fue muy mal en los Mundiales de 1994 y 1998 y por esa circunstancia no hubo muertos. Dejó de participar durante 16 años en los Mundiales, pero desgraciadamente clasificó para el Mundial de Brasil y también por desgracia le fue bien, y eso volvió a producir muertos. Porque en eso radica la gran tragedia: la dicha de los triunfos en lugar de generar un espíritu de solidaridad y concordia se convierten en fuente de odio, de venganza y de muerte.

En síntesis, la “positiva identidad nacional” que representaría la selección nacional de fútbol y que exaltaban los periodistas terminó en un terrible derramamiento de sangre en las calles bogotanas en septiembre de 1993, y desde entonces se presenta periódicamente cada vez que hay un sonoro triunfo en un Mundial, como se acaba de escenificar en las últimas tres semanas.

En efecto, durante los cuatro partidos que ganó Colombia en el Mundial de 2014 se presentaron una veintena de muertos, 9 de ellos en el primer partido contra Grecia del 14 de junio. Al respecto, en un portal virtual se afirma: “La escandalosa cifra de 9 muertos en Bogotá como consecuencia de la celebración desbordada porque la selección colombiana de fútbol ganó un partido en la Copa de Brasil 2014, es una vergüenza mundial. Ese hecho debería suscitar una honda reflexión ciudadana acerca del país que tenemos”ix. Además de los muertos, en la jornada de celebración resultaron numerosos heridos en más de 3000 riñas callejeras.

A raíz de este hecho tanto en Bogotá como en otros lugares del país se tomaron medidas de índole represiva, entre ellas la prohibición de consumir alcohol (Ley Seca), se militarizaron -más de lo acostumbrado- los espacios urbanos y durante los días en que jugaba la Selección Colombia en el territorio nacional se vivió en un virtual Estado de Sitio. Incluso hubo lugares del país (como en Sogamoso, Boyacá), en donde se implantó el Toque de Queda el día que Colombia jugó contra Costa de Marfil. Miles de soldados y policías ocupaban el centro de las ciudades y los barrios considerados como problemáticos. Así, con el pretexto de cuidar y proteger se justifica la militarización y la represión, como si el asunto fuera puramente coyuntural y no respondiera a problemas estructurales de la sociedad colombiana, que no pueden remediarse con medidas represivas de corto plazo. Si eso se hace con el pretexto de una competencia deportiva, ¿qué puede esperarse cuando haya movilizaciones y protestas sociales? En una muestra de humor macondiano, cuando Colombia jugó contra Brasil, se restringió el uso de harina y espuma durante la hipotética celebración por el anunciado triunfo -que nunca llegó-, como medida preventiva encaminada a evitar las riñas callejeras. Un efecto perverso que producen tanto las violentas celebraciones de los triunfos como la represión subsecuente radica en desocupar las calles y aislar a la gente en sus casas, ante los temores que suscitan los riesgos de las incontrolables celebraciones, en las que se mezclan alcohol, intolerancia, patrioterismo y armas de fuego.

¿Cuáles pueden ser las razones que explican ese comportamiento violento y criminal

durante la celebración de un triunfo de la Selección Colombia en un Mundial de Fútbol? Desde luego, existen múltiples factores que deben ser considerados. En primer lugar, el hecho que el fútbol en Colombia desde la década de 1980 se convirtió en un negocio multimillonario manejado por el narcotráfico y el paramilitarismo, como lo evidenciaba una de las consignas que coreaban los hinchas de Millonarios en el Estadio El Campín, cuando ese equipo se enfrentaba al Atlético Nacional de Medellín a finales de esa década: “Escobar, Escobar, Gacha tu papá”. Esta jerga traducida quiere decir que el narcotraficante Pablo Escobar Gaviria, hincha y dueño del Nacional, era rebasado por Gonzalo Rodríguez Gacha, Alias el mexicano, otro capo del narcotráfico y el paramilitarismo que era dueño de Millonarios. Los hinchas eran conscientes que los dueños de sus equipos eran los capos del Cartel de Medellín y eso no los avergonzaba. En otros términos, así como la sociedad y la cultura colombianas se volvieron traquetas, el fútbol también se tornó traqueto, y eso es algo que desde entonces no ha cambiado, aunque al frente de los equipos no estén los mismos mafiosos de ayer, pero si sus herederos. Dado que la violencia física es un comportamiento típico del traqueto, esa violencia llegó al fútbol colombiano para quedarse por largo tiempo.

En segundo lugar, el fútbol es un negocio multimillonario en Colombia -aunque no alcance, por supuesto, los niveles del fútbol europeo- que produce ganancias fabulosas a mafiosos, a empresas nacionales y multinacionales, a cadenas radiales y televisivas, a periodistas... y por tal circunstancia dejó de ser, como antes, un espectáculo exclusivamente dominical, para difundirse todos los días y a todas horas en un horrible proceso de colonización cultural, que elimina cualquier muestra de otros deportes y otros usos del tiempo libre. Estamos asfixiados de fútbol hasta los tuétanos. Por eso, no sorprende que en la cultura urbana los principales modelos a imitar sean los futbolistas multimillonarios que juegan en las ligas europeas. ¿Qué puede esperarse de Colombia, un país cuyo referente principal es un futbolista que juega en un club del Principado de Mónaco? Por supuesto, en este país nadie quiere ser profesor, investigador, escritor, artista, trabajador... sino futbolista.

En tercer lugar, y como parte del negocio que pervirtió el fútbol, las grandes marcas lo han invadido y en el caso de Colombia tienen una gran presencia, como vimos atrás, los productores de cerveza. En el imaginario cotidiano se identifica, en consecuencia, el fútbol con el consumo de alcohol, una mezcla que es explosiva y máxime en este país intolerante y sectario. En este sentido, no debe sorprender que Cerveza Águila, patrocinador de la Selección Colombia, tenga como interés prioritario que aumente la venta y consumo de sus productos, mientras la gente ve un partido de fútbol y no resulta extraño que mientras beben cerveza se maten, al fragor del encuentro. Si eso es así, ¿por qué se permite que una productora de cerveza patrocine a la Selección Colombia?

En cuarto lugar, en la Colombia urbana se han destruido gran parte de los espacios culturales para la población en general y en su lugar se han erigido Centros Comerciales, repletos de televisores, en los que todo el tiempo se transmiten partidos de fútbol, como única alternativa cultural, lo cual se complementa con el hecho que la televisión, nacional o extranjera, dedica una enorme cantidad de tiempo al fútbol. Ante la ausencia de otros espacios de sociabilidad cultural, a la brava el pueblo colombiano se ha convertido en un adicto al fútbol y en torno al mismo se concentran amores, odios y pasiones, como no lo genera ningún otro deporte, ni siquiera el ciclismo que le ha dado importantes triunfos al

país, como ganar el Giro de Italia. Podría decirse, con razón, que el fanatismo por el balompié no es exclusivo de Colombia, pero acá el factor adicional radica en que el futbol como distracción exclusiva de la población se mezcla con una acentuada intolerancia política y social y con una gran dosis de violencia, que aflora con más fuerza cuando juega la selección nacional, sobre todo en un Campeonato Mundial, por aquello que se repite a diario por los medios de comunicación que los colombianos somos una “raza especial” y poseedores de una grandeza innata.

En quinto lugar, el propio Estado le otorga más interés al futbol y a la guerra que a la educación o a la investigación científica. Para la muestra un botón reciente: en pleno Mundial del Brasil, el gobierno anunció el recorte del presupuesto de COLCIENCIAS en un monto de 125 mil millones de pesos menos con respecto a lo asignado en el año anteriorx. Con esto vamos de maravillas: futbol a granel, dinero para la guerra interna que soportamos y menos inversión en investigación y educación. Pero eso a quién va a interesar, si al común de los habitantes de Colombia se le ha convencido que es más importante para el país un futbolista, que un médico, un enfermero o un profesor. Si la educación colombiana es un desastre, como lo es, el futbol tiene asegurado un lugar en la cultura cotidiana de los colombianos, pero no solamente el futbol como tal, sino toda la cultura traqueta y violenta que se ha erigido a su alrededor.

En sexto lugar, la prensa y en especial los locutores y comentaristas deportivos son promotores del patriotismo barato, del falso orgullo nacional y del odio y el resentimiento hacia los rivales. Cada transmisión de futbol, tanto en radio como en televisión, es un verdadero culto a la violencia, a la arrogancia, al chovinismo elemental. Cada partido de la selección Colombia es afrontado cual si fuera una guerra, donde el rival es un enemigo despreciable al que debe liquidarse sea como sea. Si un árbitro se equivoca es colocado en la picota pública como el responsable de las desgracias nacionales. Aparte de todo, un gran sector de periodistas y locutores -a los que se les dice “profesores” (¡hasta donde hemos llegado!)- han estado ligado al narcotráfico y al paramilitarismo, o son empleados de las empresas patrocinadoras de la Selección Nacional y las empresas de comunicación en las que trabajan están interesadas en inclinar sumisamente a la opinión pública a favor de la Selección, como muestra excelsa de patriotismo. Los locutores colombianos se asemejan a los de las emisora y televisión de Las Mil Colinas en Ruanda que en 1994 llamaban al asesinato de las “cucarachas tutsis”.

Esa Radio del Odio, como fue denominada, es corresponsable del genocidio de 800 mil personas en aquel país africano. Pues las emisoras y los canales de televisión en Colombia son también Ondas del Odio y eso aflora con una fuerza inusitada durante las transmisiones de los partidos de futbol de la Selección Nacional, cuando los locutores recalcan el “gooooool de mi patria”. Estos locutores y comentaristas abusan: “No se desprenden de cierta malevolencia, quieren anticiparse al futuro e inventan. Son camorrones, andan con la navaja bajo la ruana. [...] Se mantienen en lo suyo: la agresividad y la omnipotencia [...] Un partido es un rito y exige un sacerdote que dé gritos, que lloriquee patrióticamente, que ensalce la bandera. Va a ser difícil acabar esos vicios. Escuchar comentarios colombianos es como la película de horror que pasan todos los años en vacaciones: algo trillado, aburrido”xi. Además, difunden entre la población de ser malos ganadores y malos perdedores. Malos ganadores porque se celebra los triunfos con violencia y odio y malos

perdedores porque nunca se reconoce que en un juego se puede ganar y perder y tampoco se le reconocen méritos a los rivales.

Para completar, ese odio visceral no es característico solamente de los locutores deportivos, porque periodistas en general en este país hablan de los ecuatorianos, venezolanos y bolivianos, como seres inferiores, “indios desaseados”, “negros perezosos” y han llegado a calificar en repetidas ocasiones a sus dignatarios con apelativos despreciables, que por su bajeza no vale repetir en este lugar.

Con todos estos ingredientes, y muchos otros que no se mencionan en este lugar, no resulta extraño que haya tantos muertos cuando juega la Selección Colombia. Y por esa razón, a los colombianos que amamos la vida nos toca hacer fuerza para que cada vez que juega este equipo pierda y sea eliminado en forma rápida. Esta es una buena forma de evitar un inútil derramamiento de sangre. Por qué si cuando triunfa hay tantos muertos y tanta represión, pues mejor que pierda, si no queremos que cada gol equivalga a muchos jóvenes muertos en el territorio nacional.

Por estas líneas que hemos escrito se nos dirá que somos antinacionales, que no es justo generalizar porque los violentos son unos pocos y desadaptados, pero que la inmensa mayoría de colombianos son pacíficos y que además no se le puede quitar la felicidad a 45 millones de personas, que han gozado de lo lindo con los logros de la Selección en el Mundial de Brasil. Nada de esto tiene importancia mientras siga muriendo un solo colombiano, uno solo, por un partido de fútbol, un simple juego, algo que si se mira con detalle es banal e intrascendente. ¿Qué importa más: la felicidad fugaz de unos cuantos días, o la vida de decenas de personas? La sola pregunta ofendería en una sociedad racional, pero no en una sociedad enferma de odio hacia los otros, hacia los que son diferentes, como la colombiana, donde aparte de un patriotismo barato también se ha impuesto un chovinismo traqueto, del que se lucran con creces las grandes empresas, los medios de comunicación corporativos y los mercachifles del fútbol.

NOTAS

i. Eric Hobsbawm, Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX, Editorial Crítica, Barcelona, 2013, p. 43

ii. Nos hemos basado para este análisis en Martín Alonso Zarza, “La construcción social del resentimiento. La historia, de los Balcanes a los Alpes”, en Con-Ciencia Social, No. 4, 2000, pp. 48 y ss.

iii. “La pasión del fútbol se pasa con cerveza”,
<http://www.dinero.cLom/actualidad/articulo/la-pasion-del-futbol-pasa-cerveza/161907>

iv. Disponible en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=172111>

v. *Ibíd.*

- vi. Hernando Santos, "¡Viva Colombia!" (Editorial), El Tiempo, septiembre 6 de 1993. Pág. 4A.
- vii. César Gaviria, Discurso en homenaje a la Selección Colombia pronunciado en el Estadio Nacional Nemesio Camacho. Septiembre 6 de 1993
- viii. Juan David Laverde Palma, "El estremecedor relato del caso de Andrés Escobar", El Espectador, junio 21 de 2014. Disponible en <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-estremecedor-relato-del-fiscal-del-caso-de-andres-es-articulo-499808>
- ix. Aldemar Hoyos Gaviria, "Costa Rica 0-Colombia 9 muertos", <http://www.las2orillas.co/costa-rica-0-muertos-colombia-9/>
- x. "Gobierno recorta presupuesto de COLCIENCIAS", El Espectador, julio 3 de 2014.
- xi. Andrés Salcedo, "Los comentaristas abusan", <http://www.semana.com/enfoque/enfoque-principal/articulo/andres-salcedo-los-comentaristas-abusan/394393-3>

Rebelión

<https://www.lahaine.org/mundo.php/icuantos-muertos-nos-cuesta-cada-gol-de>